

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Padre Gonzalo PACHECO, quien se desempeñó como Capellán durante el Conflicto de Malvinas

TESTIMONIO A DOS DECADAS DEL CONFLICTO

Copyright © Gonzalo Pacheco



Publicado originalmente en *Aeroespacio 20 años* www.aeroespacio.com.ar
El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

TESTIMONIO A DOS DECADAS DEL CONFLICTO

Tome conocimiento de la recuperación de las islas a través de los medios de comunicación, siendo capellán de la VII Brigada Aérea. La euforia fue generalizada. Días más tarde el jefe de esa unidad me informó que debería trasladarme a Puerto Argentino para reemplazar al Padre Puyelli. Allí me reportaría al entonces My. Posse, Jefe del Escuadrón de Helicópteros. A partir de ese momento comenzaron los preparativos: me entregaron el equipo de combate y partí el 25 Abr, en un Fokker F-28, desde El Palomar hacia Comodoro Rivadavia.

Cuando llegué a la BAM Malvinas me recibieron el Padre Puyelli y el Padre Fernández, Capellán del Ejército. Fue una gran alegría pisar nuestra tierra insular. El ritmo de los aprestos militares era vertiginoso: movimientos de aviones y vehículos, hombres desembarcando, gran cantidad de carpas y concentración de materiales. Una Bandera Argentina flameando dominaba la escena. Todos estaban contentos y tranquilos, trabajando sin descanso, con buen ánimo. El clima era bueno aunque bastante ventoso.

Me hospedé en una dependencia de la base que había sido ocupada por personal de la FAA y esa noche dormí en un hangar donde se alojaban miembros del Grupo de Operaciones Especiales (GOE), todos viejos amigos míos porque la unidad pertenecía a la VII Brigada. Al día siguiente me presenté al Com. Destri, Jefe de la Base, y más tarde visité las dependencias y alrededores.

Entre los capellanes acordamos los turnos para celebrar misa. En la capilla católica de Puerto Argentino tuvo lugar mi primera misa a la que concurrió mucha gente: pobladores y soldados. La noche en que nos bombardeó el Vulcan, el 1º May, yo dormía en el hangar con la gente del GOE. Fue un estruendo terrible. Algunas bombas cayeron muy cerca de nuestra posición y todo el lugar quedó dañado, sin energía eléctrica. Después salimos al exterior: era un silencio absoluto. Lo que me impactó fue que en ese silencio un suboficial gritó: “¡Viva la Patria!” Fue como decir: “Con este ruido no nos vamos a ‘achicar’. Aquí estamos”. En esa ocasión fallecieron dos soldados de la FAA. Después vino el segundo ataque. Lo ejecutaron aviones Sea Harrier bombardeando la base.

Respecto a mi actividad específica, yo no tenía ninguna experiencia como capellán en un teatro de operaciones. Uno lo ha estudiado, pero vivir la guerra es otro tema. Visité asiduamente los grupos de combatientes de las tres armas. La gente necesitaba conversar, decir algo. La misión del sacerdote es la de confidente, la de conocer las necesidades espirituales de cada uno. Así, de alguna forma, se sentían reconfortados. En ocasiones se organizaban grupos para rezar el rosario y yo los acompañaba.

En los últimos días del conflicto se intensificaron los bombardeos navales y aéreos enemigos, en especial las noches del 12 y 13 Jun. El Com. Destri me ordenó que permaneciera en la ciudad alojado con los periodistas de Telam.

Cuando se decidió el alto el fuego fui un prisionero más. La tropa fue evacuada al continente pero a mí me retuvieron junto a los oficiales, suboficiales y soldados de las cinco armas y fuimos los últimos en ser repatriados. Nos trasladaron a San Carlos. La actitud de los ingleses con los prisioneros fue correcta. En general había firmeza, los centinelas armados estaban siempre vigilantes, pero existió respeto en todo. Llegó el 20 de Junio, Día de la Bandera y nosotros continuábamos como prisioneros de guerra; cantamos el Himno Nacional, la Canción a la Bandera y por la tarde nos reunimos junto a una estatuilla de la Virgen de Loreto para rezar el rosario.

Uno de esos días vino a verme un mayor inglés, una persona muy correcta. Me pidió que celebrara misa, a lo cual accedí. Poco después este mayor me solicitó que acompañara a un grupo de argentinos que serían llevados al Monte Tumbledown para identificar los cuerpos de unos quince soldados antes de darles cristiana sepultura. La posición había sido defendida por el Ejército y el Regimiento 5 de Infantería de Marina, por lo cual en esa misión asistió el Jefe de la Unidad, el C.F. Robaccio. Esos soldados fueron inhumados inicialmente en el cementerio de Puerto Argentino. Yo recé un responso en castellano y Monseñor Spragrom, el obispo de la isla, hizo lo propio en inglés. En tanto un soldado británico, frente a la tropa formada, tocó con su clarín la llamada a silencio. Días después nos embarcaron para repatriarnos y el 14 Jul llegamos a Puerto Madryn.